

ERIC SENABRE

EL ÚLTIMO
SUEÑO
DE
LORD
SCRIVEN



1.ª edición: marzo de 2018

Título original: *Le Dernier Songe de Lord Scriven*

© Del texto: Eric Senabre, 2016

© DIDIER JEUNESSE, París, 2016

© De la traducción: Ana Alonso, 2018

Ilustración de cubierta: Pep Boatella

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2018

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-3496-1

Depósito legal: M-608-2018

Impreso en España · Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Eric Senabre

El último sueño de lord Scriven

ANAYA

*A Ophelia, nacida,
ella también, de los sueños.*

*... con mis saludos de gentleman a los
habitantes del baúl de lo extraño.*

I

30 Portobello Road

Llamadme como queráis: un idealista, un soñador, un apasionado... un cabeza de mula, quizá. E incluso cargante, si os empeñáis. Formo parte de esa raza de individuos que solo vive para su oficio. En realidad, no somos muchos los que estamos en esta situación, porque ya habréis notado que la mayor parte de los oficios son asombrosamente aburridos. Y sé de lo que hablo, porque trabajos, he tenido unos cuantos: chico de los recados, transportista, contable, y después empleado en una compañía de seguros... Allí, a los veinticuatro años, ya tenía la impresión de haber experimentado lo que se siente en el infierno. Mi vocación, sin embargo, la conocía de sobra: periodista, y nada más. Era observador, descarado, tenaz, y (me perdonaréis este exceso de orgullo) seguramente el mejor investigador sobre el terreno. Solo necesitaba una oportunidad para hacérselo comprender al resto del mundo.

Esta terminó presentándose un día, por fortuna. Me hizo falta un poco de suerte y mucha audacia. La compañía en la que trabajaba entonces iba a recibir a un cliente muy importante llamado Basil Knowles, propietario de uno de los periódicos más populares de Londres. Me habían pedido que le llevase el té y unos pasteles mientras aguardaba en un salongi-

to, esperando a que el gran jefe acudiera a exponerle con una sonrisa de serpiente cascabel de qué modo pensaba estafarle (por respeto a los clientes, nunca hablábamos delante de ellos de «estafa», por supuesto, sino de «contrato de seguro»). Así pues, me había presentado delante del señor Knowles armado con un esponjoso pastel de limón y con un té demasiado caliente. Y sin previo aviso, le había dicho: «Señor Knowles, no se fíe de las apariencias. Tiene usted delante a un gran reportero, una pluma de acero empapada en ácido, un par de ojos que ven hasta en la noche más oscura. Y, de paso, a un pobre tipo que está hasta el gorro de trabajar aquí. Haga una buena acción, deme una oportunidad en su periódico. Y, sobre todo, no se coma el pastel. Es un consejo de amigo».

El señor Knowles sonrió, apartó el pastel con negligencia, bebió un trago de té y no dijo ni una palabra. Dos horas después, estaba despedido. Y cuatro horas después, recibía una llamada telefónica del redactor jefe del *London Star*, que me proponía un artículo de prueba. Durante dos años viví un sueño, ascendiendo de uno en uno los peldaños del éxito. Después de haber afilado mi pluma en una crónica de sucesos, me atreví con temas cada vez más serios. Y cada vez más delicados. El público adoraba todos aquellos escándalos que yo sacaba a la luz del día. Provoqué la dimisión de algunos grandes empresarios, el escarnio de varios nobles, la irritación de los mafiosos. Debí de cruzarme en mi camino con algunos tipos que pertenecían a la vez a estos tres colectivos. Era la estrella del periódico, y a muchos les temblaba la voz cuando les anunciaba mi nombre. Solo que, en un momento dado, digamos que llegó lo que yo llamaría «la gota que colmó el vaso». Estaba investigando sobre las actividades de un industrial llamado Kreuger, cuyas numerosas empresas me pare-

cían una tapadera para actividades menos respetables. Y, después de algunas semanas, me encontré de buenas a primeras en la casilla de salida: en la verdadera casilla de salida, sin trabajo, sin apartamento y sin dinero. Nadie quería saber nada de mí en el mundo de la prensa: la consigna era que Christopher Carandini (ese es mi nombre) no debía volver a acercarse a una máquina de escribir. O a cualquier otro instrumento que me permitiese ganarme la vida, de hecho. Tenía la sensación de que mi foto estaba clavada en todas las oficinas de recursos humanos de Londres, ya se tratase de una empresa de fabricantes de salchichas, de tintoreros o de fumigadores. Al principio me aferré a lo que me quedaba de ego y de dignidad. En mi cabeza, yo seguía siendo el gran Christopher Carandini, Toph para el círculo de mis conocidos más íntimos, el mejor reportero de la capital. El día en que ya no sabía adónde ir a dormir, después de haber agotado la benevolencia y la paciencia de todos mis amigos, tuve que guardarme el orgullo en el fondo de mi mochila. No llegué a pasar más que una noche en un banco, envuelto en una vieja manta, pero puedo jurar que no me quedaron ganas de repetir. Podría haber vivido otras muchas noches como aquella, pero el azar me sonrió. Alguien se había dejado olvidado un ejemplar del *Times* en el banco que había elegido para instalarme. En otros tiempos, yo veía los periódicos como una forma de ganarme la vida, pero después de mi caída se habían convertido sobre todo en un buen forro para mi abrigo que me permitía protegerme del frío. En la primera página hablaban de un sangriento homicidio en el distrito de los negocios. Era la tercera mujer a la que asesinaban en plena calle en unos pocos meses. Algunos no dudaban en calificar aquello como «el regreso de Jack el Destripador», pero el *Times*, por supuesto, se mostra-

ba cauto. Y lo confieso sin avergonzarme: en aquella época, nada podía interesarme menos. De todas formas, mientras seguía hojeando el periódico, me encontré con un anuncio que de inmediato atrajo mi atención. No lo conservo (no soy demasiado sentimental, en el fondo), pero me lo aprendí de memoria. Estaba redactado así:

Caballero busca secretario personal para vigilar su sueño.
Presentarse en Portobello Road, 30 y preguntar por una tetera.

Me pasé toda la noche rumiando aquellas dos frases. ¿Quién podía necesitar a alguien que vigilase su sueño? ¿Y qué tenía que ver la tetera con aquella historia? Probablemente la persona que había redactado el anuncio estaba loca de atar, pero, en todo caso, vivía en un buen barrio. Tampoco había por qué extrañarse: estábamos en 1906, y ese año, un viento de demencia sacudía todo el país. Así pues, esperé pacientemente a que saliese el sol, demasiado excitado para dormir mientras me perdía en absurdas conjeturas.

En el fondo no había cambiado. No eran ni el frío, ni los viandantes de mirada turbia, ni la esperanza de encontrar un nuevo trabajo al día siguiente lo que me mantenía despierto, sino ese brusco subidón de adrenalina que noto siempre antes de empezar una investigación seria. Y aquí es donde realmente comienza nuestra historia.

El número 30 de Portobello Road albergaba una tienda de antigüedades en la que reinaba un desorden muy organizado. Es una especialidad británica, esa capacidad para darle a cualquier selección cuidadosa de objetos la apariencia de un bazar. Parece que las cosas están amontonadas, pero la verdad es que todo se encuentra cuidadosamente dispuesto para resaltar aque-

llo que debe brillar y dejar lo demás oscurecido por una espesa capa de polvo. Era un lugar muy bonito, bastante grande, y con un agradable olor a cera y a madera. Había un montón de cosas inútiles que me habría encantado regalarme a mí mismo: una pelota de críquet (aunque no juego), una cesta de mimbre para pícnic (aunque detesto los almuerzos en la hierba), una botella de whisky (esto es otro cantar). ¡Maldición! Recordé que no tenía ni un céntimo y decidí concentrarme en mi objetivo principal. ¿Había por allí alguna tetera? Yo no veía ninguna. Y tampoco veía a nadie al frente de la tienda, totalmente vacía cuando entré. Me decidí a golpear el mostrador con el puño. Unos segundos después, oí a alguien subir unos escalones a paso ligero, y me di cuenta de que detrás de una enorme silla de montar, a mi izquierda, había una escalera que llevaba al sótano. Enseguida, una mujer muy guapa, con el pelo rubio recogido en un moño, apareció ante mí. Debía de tener unos treinta años, y llevaba un collar de perlas sobre un vestido de estampado geométrico. Se situó detrás del mostrador y, repentinándose con una mano, me dijo en un tono cantarín:

—¡Buenos días, señor! ¿Busca algo en particular?

—Sí —dije yo—. Una tetera.

—¡Ah! Muy bien. ¿Está buscando algún modelo en especial? Tenemos unas cuantas.

—Pues... No, no busco nada especial. Pero pensé que...

—¿Qué?

Podría haber citado el anuncio, evidentemente, pero aquella situación resultaba tan agradablemente absurda que decidí no precipitarme.

—Nada. Enséñeme lo que tiene.

—Perfecto. Creo que tengo una de porcelana china. No muy cara, no se preocupe.

Llevándose un dedo a los labios, recorrió las estanterías con la mirada antes de detenerse ante una candidata de superficie blanca y redondeada cubierta de ideogramas azules que, por lo que yo sabía, igual podrían haber sido máximas de grandes sabios que insultos del tipo «vete a hacer gárgaras». La mujer la cogió y me la mostró como si acabase de desenterrar una tibia de diplodocus.

—¿Qué le parece?

—Es magnífica, la verdad.

—Yo también lo creo.

—Bien.

La posó sobre el mostrador con una gran sonrisa y cruzó las manos tras su espalda. Yo le devolví la sonrisa, y nos quedamos unos instantes plantados uno frente al otro como dos imbéciles.

—¡Son... eh... cinco chelines, señor! —declaró ella con una carcajada de turbación.

—Sí, claro —contesté yo tanteándome los bolsillos, como si no supiera que allí dentro no había más que un viejo billete de autobús y el envoltorio de un caramelo.

Ella aguardó pacientemente a que terminase mi pequeña pantomima, y yo me eché a reír de un modo tan forzado que sentí vergüenza de mí mismo.

—¡Me temo que he salido sin mi cartera!

—Qué me dice —contestó ella entre dientes.

Quiero recalcar el hecho de que no dijo «¿Qué me dice?» ni «¡Qué me dice!», sino pura y simplemente «Qué me dice». Con un punto al final. Su voz no había subido ni bajado. Era un «qué me dice» educado, pero firme, lapidario, crispado, que significaba: «No vas a tomarme el pelo, cariño».

—Escuche, esto es una tontería —le solté—. En realidad no he venido a comprar una tetera.

—Ah, ¿no? ¿En serio?

—No. Yo... En fin, he venido solo a pedir una tetera.

Ella arrugó el entrecejo y frunció los labios, como si yo acabase de escupir sobre un desfile principesco. De pronto, se golpeó la frente y exclamó:

—¡Ah! Ha venido por el anuncio, ¿no es eso?

—¡Eso es! —contesté yo, más aliviado que si el doctor acabase de confirmarme que mi salud era perfecta.

—Es que me ha confundido usted, al no decirme a qué venía —insistió ella.

—Ya... Sin duda, pero tenga en cuenta que el anuncio estaba redactado de un modo muy curioso, ¿no?

Ella reaccionó con viveza.

—A mí en cambio me parece que estaba perfectamente claro —dijo—. Instrucciones muy simples.

—Visto así, es cierto, sin duda —admití yo, que no quería discutir—. Pero que no da muchas pistas sobre la persona que lo redactó. Me imagino que no sería usted... El anuncio mencionaba a un gentleman.

—En efecto. Es que al señor Banerjee no le gusta la publicidad inútil. Aprecia la discreción.

Banerjee. Bien. Ya tenía un nombre.

—Y... ¿dónde se encuentra ese señor Banerjee?

—Está en su despacho, arriba. Se sube por ahí.

Señaló una pared de la que colgaba un mapa de la Francia agrícola.

—Por ahí —repetí yo—. ¿Hay que atravesar Francia? Va a ser un poco largo, ¿no?

—Qué gracioso.

De nuevo había terminado su observación con un punto y aparte. Después de escribir kilómetros de artículos, créanme,

soy capaz de visualizar los signos de puntuación hasta en el lenguaje oral. Y aquello para mí era indiscutiblemente un punto y aparte. Habría preferido cualquier cosa a un punto y aparte. Incluso unos puntos suspensivos. Todo menos aquel punto solitario que invertía el sentido de la frase. «Qué gracioso» quería decir «¡Es usted absolutamente siniestro!» (entre exclamaciones, para colmo).

Detrás del mapa se alzaba una escalera que, a pesar de estar bien cuidada, era tan estrecha y rígida como la nuca de un oficial de caballería.

—No le acompaño —me dijo ella—. Cuando llegue al final de los escalones, se las arreglará sin mí. Tenga paciencia. El señor Banerjee está ocupado en este momento. Le deseo buena suerte, señor.

—Toph —dije yo con la más cautivadora de mis sonrisas.

—¿Toph?

—Sí, es mi apodo. El diminutivo de Christopher. Todos mis amigos me llaman Toph.

—Gracias por la información. Y buena suerte de nuevo, señor.

Diciendo eso, se dio la vuelta y me dejó solo con mi ego ridiculizado delante de la escalera.

Subí los peldaños de dos en dos. Arriba, el rellano estaba bañado en la pálida luz de una única ventana, que tenía el cristal teñido de azul. Debajo de esta había un banco con cojines para los visitantes. Delante del banco, una mesita baja ofrecía la prensa de la jornada (o, más bien, después de echar una ojeada, la de la víspera). Mis pasos sonaban amortiguados por una moqueta carmesí muy gruesa, por lo que pensaba que nadie habría notado mi presencia. Observando la habitación, terminé descubriendo una puerta. Estaba tan bien

camuflada en la pared que apenas se distinguían sus contornos. Llamé, pero no obtuve ninguna respuesta. De modo que giré el picaporte y entré.

Dos pares de ojos se posaron en mí antes de que llegase a traspasar el umbral. Sentado en una silla metálica con el respaldo hacia mí, un hombrecillo de traje oscuro y calvo como un huevo se volvió al oírme y me observó con expresión de terror. Antes de mi entrada, debía de estar discutiendo con el hombre sentado tras el magnífico escritorio de caoba que los separaba. Ese debía de ser, sin duda, el señor Banerjee al que había venido a ver. Llevaba un traje de tres piezas ceñido y cortado a la perfección, con delicadas rayas beige y un pañuelo blanco en el bolsillo delantero. El cuello de su camisa estaba suelto, y no llevaba corbata. Se podrían haber considerado por separado sus pómulos, su nariz, sus labios o su barbilla y haberlos encontrado demasiado finos, o demasiado marcados, o qué se yo. El conjunto, sin embargo, presentaba una armonía visual impecable. Sin duda había en esa combinación eso que llaman «carisma». El borde exterior de sus grandes ojos negros (tan negros, de hecho, que no se distinguía el iris de la pupila) caía ligeramente hacia abajo, dulcificando una mirada que, sin ese rasgo, podría haber resultado excesivamente inquisitiva. Su nombre ya ofrecía un indicio, pero aquel primer contacto me lo confirmó: Banerjee era de origen indio. Tenía la piel morena, los cabellos lisos (peinados con raya al medio), y una complexión más esbelta que la del inglés medio (me refiero, por supuesto, al inglés medio bien alimentado, una especie que se va haciendo más y más rara cuanto más se aleja uno del centro de Londres).

Una gruesa tapicería recubría la puerta cuyo picaporte aún tenía en la mano; por eso no había oído ni un eco de la discu-

sión desde el rellano. ¿Qué estaban haciendo aquellos dos hombres? El cabeza de huevo, deduje, se encontraba en la actitud de un cliente. Pero ¿qué clase de servicios podía proporcionar Banerjee? ¿Era un abogado, un notario? En la habitación no había nada que permitiese deducir su profesión.

El hombrecillo calvo se enjugó la frente sudorosa y balbuceó.

—Señor Banerjee, yo... ¿quién es este hombre? ¡Necesito la mayor discreción!

—Lo comprendo —respondió Banerjee con una voz grave, dulce, un poco velada—. Pero estoy seguro de que este caballero habrá venido aquí por un motivo excelente. ¿A qué debo el honor de su visita, señor... Señor?

—Oh... Carandini. Christopher Carandini.

Noté que el cabeza de huevo daba un respingo al descubrir las resonancias italianas de mi apellido. Ya había visto aquella mueca de desdén en muchas caras anteriormente, y había dejado de ofenderme.

—Señor Carandini —continuó Banerjee en el mismo tono—, ¿me permite que insista? ¿El motivo de su presencia aquí?

Hablaba un inglés elegante, en el que apenas afloraba una ligera cadencia extranjera. Hubiera nacido donde hubiera nacido, era evidente que aquel hombre había estudiado en Inglaterra.

Echando una ojeada circular a la estancia (uno no cambia tan fácilmente), contesté a la pregunta:

—Siento mucho haberle molestado. Vengo por... el anuncio. El hombrecillo calvo pegó un bote en la silla.

—¿Cómo? ¡Señor Banerjee, su «secretaria» podría haberle dicho a este señor que esperase! ¡Es intolerable!

Me encorvé ligeramente.

—En realidad lo ha hecho. He sido yo quien me he tomado la libertad de abrir la puerta. Como no oía ningún ruido... Lo siento muchísimo. Ahora mismo salgo, y esperaré en el vestíbulo. Les pido disculpas.

Me disponía a retirarme cuando el dueño del despacho me detuvo.

—Señor Carandini... Viene usted por el puesto de asistente, y necesito un asistente para satisfacer la petición del señor... Smith, aquí presente. Así pues, le pido que se quede. En realidad es lo mejor: así entrará usted directamente en el meollo de la cuestión.

El supuesto Smith (que el diablo me lleve si ese era su verdadero nombre) se puso nerviosísimo. Febril y pálido, exclamó:

—¡Pero bueno! ¿Cómo puede usted confiar en él? ¡Ni siquiera lo conoce! Señor Banerjee, estoy extremadamente decepcionado, y creo que voy a tener que prescindir de sus servicios. Y sepa usted que no pienso recomendar sus...

Con calma, Banerjee golpeó su escritorio con la palma de la mano. El chasquido, inesperado, sobresaltó a Smith. Se quedó mirando a Banerjee con una mezcla de estupefacción y temor, con la boca entreabierta y una expresión totalmente grotesca. Esperé a ver qué ocurría, divertido.

—Señor Smith —dijo Banerjee—, si ha venido a verme es porque conoce mis métodos.

Se expresaba con suavidad, pero la autoridad que emanaba de su mirada hubiera quitado a cualquiera las ganas de interrumpirle. Continuó así:

—Entonces, debe de saber que son, como mínimo, «atípicos». Por lo tanto, le ruego que respete las reglas: el señor Ca-

randini escuchará su historia hasta el final, y me ayudará después a resolverla.

Dócilmente, Smith volvió a sentarse. De todas formas, preguntó:

—¿Y qué ha sido de su antiguo asistente?

—No sabía contar hasta veintiséis —contestó Banerjee con una sonrisa que, por comparación, habría hecho que la Gioconda pareciese una histérica—. Ahora, señor Carandini, ¿tendría la bondad de sentarse? Hay una silla junto a la puerta.

Obedecí, y me dejé atrapar por la extraña atmósfera de aquel despacho. Objetos no faltaban: estanterías llenas de libros en inglés, algunos adornos, dos o tres fotografías... Pese a todo, no conseguí adivinar la ocupación de Banerjee. ¿Se ocultaría su secreto tras aquella otra puerta que se veía a mi derecha?

—Señor Smith, ¿tendría la amabilidad de explicar, esta vez con detalle, lo que le ha traído hasta aquí?

Smith me lanzó una mirada asesina, se aclaró la voz y comenzó:

—Pues bien... Como le he dicho, el establecimiento que dirijo es uno de los más seguros de Londres. Importantes personalidades nos confían sus bienes. Nuestro sistema de cajas fuertes ha sido diseñado mediante las tecnologías más avanzadas. Es verdad que no hay nada perfecto, pero... ningún método convencional podría poner en peligro la integridad de nuestros cofres y cajas.

—¿Y la dinamita? —pregunté.

Smith pareció tan ultrajado como si hubiese insultado a tres generaciones de su familia.

—Señor, haría falta una cantidad tan enorme que la mitad del barrio quedaría pulverizado... ¡y los ladrones con él! De to-

das formas, en el asunto que nos ocupa las cosas han ocurrido de otra manera. Hace un mes, un caballero llamado Stuart Micklewhite, comerciante de licores, vino en secreto a nuestra agencia con una cajita. Esta caja contenía un diamante, y no un diamante cualquiera, señores. Estoy hablando del Pachá Azul.

Smith podría haber estallado de orgullo. Se detuvo, juntó las manos como si se dispusiera a frotárselas, y aguardó a que Banerjee o yo soltásemos un grito de asombro. No le dimos ese gusto, pero la pausa me permitió recordar lo que sabía sobre aquel Micklewhite al que acababa de mencionar Smith. Dandy solterón, heredero de una empresa familiar que él había hecho crecer de manera considerable, mujeriego, jugador empedernido... Sus juergas eran conocidas en todo Londres, al igual que sus espectaculares derroches. Me acordé de que había adquirido aquel famoso diamante un año antes en una subasta, desatando una oleada de celos y admiración en el mundo de los negocios.

Smith, crispado y probablemente decepcionado por nuestra actitud impasible, trató de hacernos reaccionar como pudo.

—Habrán oído hablar del Pachá Azul, ¿no? Una maravilla directamente llegada desde el imperio otomano. Dicen que Solimán el Magnífico...

Banerjee alzó una mano.

—Se lo ruego, señor Smith, no nos perdamos en los detalles. Prosiga.

—Bien. Como ya se imaginará, el señor Micklewhite quería honrarnos con su confianza entregándonos el Pachá Azul. Y es que en Tate & Mc...

Se calló repentinamente al darse cuenta de que estaba a punto (si no lo había hecho ya) de desvelarnos su verdadero

nombre. Tomé buena nota de ello en un rincón de mi mente. Por otro lado, comenzaba a entender dónde me encontraba: aquel Banerjee debía de ser una especie de investigador privado. En ese aspecto, nuestras profesiones no eran tan diferentes. No obstante, seguía sin comprender la redacción de su pequeño anuncio: ¿a qué se refería aquella historia del sueño?

Smith gruñó algo ininteligible y continuó con su relato, cada vez más agitado.

—Aunque nunca ponemos en duda la respetabilidad de nuestros clientes, enviamos de inmediato a uno de nuestros expertos con el fin de autentificar el Pachá Azul. Con éxito. Dos mil quilates, ¿se dan ustedes cuenta? Su precio supera el millón de libras.

Yo me limité a asentir con la cabeza. Banerjee, por su parte, no movió ni un músculo. De nuevo enfurruñado, Smith añadió:

—Una vez cumplida esta pequeña formalidad, el señor Micklewhite devolvió el diamante a su estuche, y nos entregó otra llave. Sin esperar más, nosotros metimos el Pachá Azul en nuestra caja fuerte más segura. El señor Micklewhite regresó entonces a su domicilio, después de rellenar los formularios habituales.

Smith tenía una expresión tan abatida que sentí cierta piedad hacia él.

—Tres semanas más tarde —gimió—, encontramos en el correo una carta anónima que nos informaba de que el Pachá Azul había sido robado. Tienen que entender que nosotros estamos acostumbrados a recibir ese tipo de cartas amenazadoras. Pero esta iba más allá de una amenaza: ¡era la confesión de un crimen ya ejecutado!

—¿Conserva usted esa carta, señor Smith?

—Por supuesto. La he traído conmigo. Aquí la tiene.

Smith extrajo de su chaqueta un papel plegado en cuatro partes. Desde donde yo estaba no podía leer nada, pero comprobé que el mensaje estaba mecanografiado. Smith lo leyó en alta voz:

El Pachá Azul pertenece al imperio otomano desde su descubrimiento. Nada justifica su robo, primero por los bárbaros rusos y después por los ingleses. Hoy, hemos devuelto al imperio lo que pertenece al imperio: el Pachá Azul ha vuelto a su tierra.

BARBARROJA

Banerjee se balanceó en su silla con los brazos colgando junto a su cuerpo, como si intentase encontrar un misterioso punto de equilibrio. Después, habló:

—Es muy interesante. Y supongo que verificarían ustedes de inmediato si la carta decía la verdad.

—A eso voy —contestó Smith—. En cuanto recibimos el documento, inspeccionamos nuestra caja fuerte. Y constatamos que no presentaba ninguna señal de haber sido manipulada.

—¿Podría describirme esa caja?

—Más que de una caja, estamos hablando de una cámara acorazada. En su interior se encuentran cinco armarios metálicos que contienen nueve compartimentos cada uno. Se parece un poco a la consigna de una estación. Pero la diferencia es que cada uno de esos compartimentos le daría serios quebraderos de cabeza al ladrón más experimentado. En cuanto a la puerta de la cámara, presenta un blindaje de un metro de espesor. Está fabricada en una aleación imposible de perforar. ¡Y la precisión del mecanismo de la cerradura es tal que para

encontrar la combinación harían falta días, por no decir semanas, de intentos ininterrumpidos!

Con expresión maliciosa, Banerjee intervino:

—Me imagino que la fiabilidad de sus empleados es absoluta, ¿no?

Una oleada de rubor se extendió por las orejas de Smith, dándole un aspecto totalmente ridículo. Con la mano en el corazón y alzando los ojos al techo, el banquero declaró:

—Señor Banerjee, yo mismo recluto a cada uno de mis empleados, y lo hago con una meticulosidad irreprochable. Es imposible que el ladrón pueda ser...

—Entonces, ¿ha habido robo? —le interrumpió Banerjee.

Smith bajó la cabeza, desolado.

—Sí, ha habido robo. ¡Qué desgracia! Cuando abrimos la cámara acorazada, el compartimento del Pachá Azul seguía cerrado, y no mostraba tampoco ninguna señal de manipulación. Y el estuche estaba dentro. Pero vacío.

Banerjee se balanceó de nuevo. Parecía divertido más que contrariado por el problema, algo que, según pude constatar, no agradaba en absoluto a Smith.

—Así que tenemos a un ladrón que se ha apoderado de un objeto sin forzar las cajas, y que después se ha tomado la molestia de cerrarlas. ¿Es eso?

—Eso es, sí —admitió Smith con esa impaciencia cortés que resume por sí sola el carácter británico.

—Después de dejarlo todo bien cerrado, el ladrón les envió una carta. Sin la cual, cabe pensar que no se habrían enterado del robo hasta mucho después.

—En efecto. La verdad es que no lo habríamos sabido hasta que Micklewhite hubiese acudido a recuperar su posesión. ¿Cómo íbamos a imaginárnoslo?

Banerjee se volvió para mirar por la ventana. Permaneció tanto tiempo en esa posición que casi llegué a creer que se había olvidado de mi presencia y de la de Smith.

—¿Señor Banerjee? —terminó por impacientarse el banquero—. ¿Hay algún problema?

Banerjee no hizo caso de la pregunta, y continuó con su observación durante unos segundos. ¿Qué podía ser lo que estaba examinando de aquella forma? En cualquier caso, no dio ninguna explicación cuando finalmente regresó con nosotros.

—Necesito formularle aún algunas preguntas, señor Smith. ¿Ha traído con usted el estuche vacío?

—Sí —confirmó Smith—. Por si acaso. Pero, con todos mis respetos, no creo que le ayude gran cosa. Tampoco presenta ningún signo de haber sido forzado. Lo hemos examinado con lupa: la cerradura está intacta, y no tiene ni un solo araño.

—¿Estaba cerrado también cuando procedieron a la inspección?

—Sí. Sé que puede parecer increíble, pero nos lo encontramos exactamente igual que lo habíamos dejado. Con una salvedad, claro: que el Pachá Azul ya no estaba dentro.

Con los ojos entrecerrados, Banerjee declaró:

—No dudo de su relato. Pero antes de que me enseñe el estuche... Dígame, ¿Micklewhite está al tanto del robo?

Smith parecía al borde de la asfixia.

—Sí; no hemos tenido más remedio que avisarle. Es la política de nuestro establecimiento. Y... ¿no tendrá usted un vaso de agua?

—No, lo siento. Dígame, señor Smith... ¿Cuáles podrían ser las consecuencias para su establecimiento en caso de que el diamante no aparezca?

Abrumado, Smith dejó escapar un suspiro capaz de partirle a uno el corazón.

—No habría ninguna consecuencia financiera directa: el Pachá Azul está asegurado en más de un millón de libras con una compañía de toda confianza. Pero nuestra imagen se vería terriblemente afectada. ¡Un robo en nuestro propio establecimiento por un bandolero de caminos... turco, según parece!

—¿Turco?

—Barbarroja. Era un corsario otomano del siglo xvi. ¿No lo sabía?

—No. Igual que usted, probablemente, ignorará quién es Ilango Adigal. Cada uno pertenece a su cultura.

—Sin duda, sin duda. Pero... ¿se da usted cuenta? El impacto para mí...

—Naturalmente. El perjuicio moral es enorme, lo comprendo muy bien.

—Por eso, gracias al boca a oreja, he venido a verle a usted. Verá, en principio preferiríamos mantener a la policía fuera de este asunto. No confío demasiado en su... discreción.

Banerjee no se movió.

—Señor Smith, ¿puedo examinar ese estuche ahora?

—Sí, aquí lo tiene.

Smith hundió la mano en una bolsa de cuero y extrajo de ella un elegante estuche con la tapa plana, de madera oscura, con unas diez pulgadas de largo y aproximadamente la mitad de alto. Se mantenía cerrado por una cerradura de apariencia sólida, aunque de aspecto bastante corriente. Sobre ella, unos relieves de marfil representaban una escena bucólica en la que figuraban unos pájaros y un gran perro. Banerjee giró el cofre entre las manos y, después de observarlo, comprobó su segu-

ridad con ayuda de la llave que Smith acababa de entregarle. En el interior no había nada más que un cojín de seda azul, desnudo sin su joya.

De pronto vi que Banerjee se ponía rígido y se llevaba la mano a la nuca, como si le hubiese picado una avispa. Cerró los ojos, que se le habían puesto vidriosos, mientras la parte superior de su cuerpo se agitaba con breves sacudidas. Smith, con los ojos desencajados, lo contemplaba lleno de inquietud.

—¿Señor B... Banerjee? ¿Va todo bien?

El aludido esperó un momento antes de contestar, sin abrir los ojos:

—Perfectamente. Y ahora, señor Smith, le voy a pedir que salga y me espere en la habitación de al lado.

—Le pido perdón, pero... ¿por qué motivo?

—Porque, señor Smith... Es hora de que me vaya a dormir.

Índice

| | |
|---|-----|
| I. 30 Portobello Road | 9 |
| II. Los dominios del sueño..... | 28 |
| III. «Cada vez más y más raro», decía Alicia..... | 44 |
| IV. Un muerto en plena forma..... | 54 |
| V. La mansión de Scriven | 71 |
| VI. Croa, croa | 89 |
| VII. La llamada del pasado | 120 |
| VIII. Cassandra..... | 141 |
| IX. Atherton | 154 |
| X. Dulce música | 166 |
| XI. <i>A capella</i> | 182 |
| XII. Sobre una melodía de órgano | 201 |
| XIII. La ópera del parque..... | 221 |
| XIV. La última estación | 234 |
| XV. Mordred | 257 |
| XVI. La migración de las almas..... | 274 |

«Caballero busca secretario personal para vigilar su sueño. Presentarse en Portobello Road, 30 y preguntar por una tetera».

Banerjee es el detective más peculiar que existe. Se sumerge en sueños para descubrir los misterios, pero su método tiene una contraprestación: jamás puede exceder los veintiséis minutos.

La visita de un mayordomo arrastrará a Banerjee y a su ayudante Christopher por las calles de Londres y los mundos oníricos.

La respuesta está en los sueños.

1578513

ISBN 978-84-698-3496-1



9 788469 834961

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com